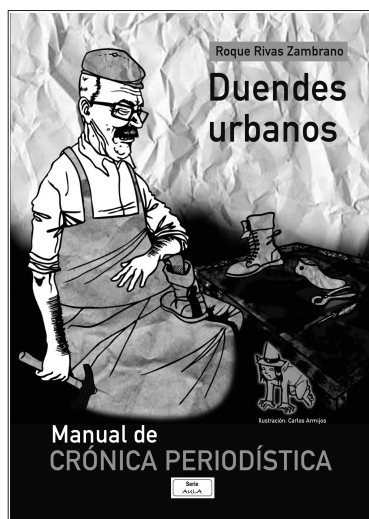


Duendes urbanos. Manual de crónica periodística



Este libro fue creciendo cerca de mí, a lo largo de más de tres lustros, sin que yo me diera cuenta. Luego, juntó sus páginas cargadas de experiencia vital y académica, se enriqueció con el buen espíritu de su autor, y llegó a mi mesa de trabajo para que, en la última parte de mi vida, lograra entender de una vez la grandeza de la profesión a la que he dado gran parte

de mi existencia. Es un libro que despejó en mí cualquier duda que hubiera podido albergar en mi mente y en mi corazón acerca de si fue acertada la decisión que tomó un muchacho veinteañero de dedicarse al periodismo definitivamente.

En síntesis, esto significa para mí este libro que Roque Rivas Zambrano entrega a sus lectores, a sus alumnos y a sus compañeros de profesión. *Duendes urbanos. Manual de crónica periodística* es un libro con una rara virtud en los tiempos actuales. Una virtud que considero la fundamental en cualquier esfuerzo intelectual como este en medio de la mucha hojarasca que se acumula aquí y allá: es un libro útil, en el sentido de servicio a los demás, de constituirse en instrumento para el progreso personal y colectivo. ¿Puede haber cualidad mayor que esta de servir a los demás, a la cul-

tura periodística de hoy y de mañana, a la de una nación, a generaciones que encontrarán en él sabiduría e inspiración?

Además, en sus páginas se evidencia una voluntad pedagógica, un deseo de enseñar con orden y amenidad: solventando dudas, adelantando respuestas, dialogando con el lector sobre uno de los géneros fundamentales del periodismo de todos los tiempos. En efecto, ¿podemos hablar de periodismo, de praxis periodística, de reflejo de la realidad de todos los tiempos, prescindiendo de la crónica? La crónica, lo que algunos autores denominan pequeña historia, es el fundamento de la Historia que se escribe con mayúscula, aporta a ella las piezas de un vasto rompecabezas que perennemente se está armando y desarmando delante de nuestros ojos desde el principio de los tiempos y que nos acompañará hasta el final de todos y de todo.

En lo esencial, y con el auxilio del lenguaje tropológico, fue una crónica lo que nos entregó Homero sobre la guerra entre griegos y tro-

yanos. Es a través de las páginas del Diario de Cristóbal Colón, una fascinante y exaltada crónica, que nos enteramos de la conmoción que vivieron el Gran Almirante y sus capitanes, al darse cuenta de que el planeta era inmensamente más extenso y complejo del que hasta entonces le mostraban los cartógrafos. Otro tanto hicieron los corresponsales que informaban a Carlos V y Felipe II de los progresos, dificultades, victorias y derrotas, de quienes se dieron de conquistar primero y colonizar luego el imperio español en nuestro continente. Es gracias a la crónica cotidiana de Bolívar y sus hombres, expresada en partes de guerra, cartas y síntesis de los hechos, que podemos enterarnos de cómo se fundó el abanico de naciones andinas.

A este género periodístico, proteico y exigente, dedica Rivas Zambrano la primera parte de su libro. Hace la historia del género en trazos precisos y, a seguidas, va deconstruyéndolo, para que nos apropiemos del lenguaje que le es propio, los temas que le corresponden, la manera de estruc-

turarlo, cómo introducir personajes y situaciones, cómo narrar las historias que en él se recogen y cómo introducir detalles.

Un ejercicio pedagógico que tiene su base en los largos años que Rivas Zambrano ha dedicado a la docencia periodística en la Universidad Central del Ecuador. Que tiene prueba de eficacia en las varias generaciones de estudiantes que pasaron por sus clases y que hoy son profesionales exitosos.

Sentimos también que, al leer la primera parte del libro, el autor nos toma de la mano y nos va dando, paso a paso, un conjunto de fórmulas eficaces para la compilación de la materia que será contenido de la crónica. Se percibe aquí aquello que, a la hora de hablar de la calidad y suficiencia de un texto periodístico, el español Miguel Ángel Bastenier denominaba 'completud'.

De pronto entramos, de la mano de este periodista de muchos y fecundos años de ejercicio profesional, tanto en la prensa radial como escrita, en el proceso de construc-

ción de las crónicas, no importa cuál sea el apellido que la acompañe, de acuerdo con el tema que aborde cada una: desde los terrenos de la cultura hasta los del deporte, de lo judicial a los desastres naturales, de la política a los conflictos sociales más enconados.

Y es que el autor de estos *Duen-des urbanos* conoce, por experiencia propia, sentida y vivida, cómo se arma una crónica, no importa el asunto que la ocupe, aunque a la vista de la segunda parte del libro, pronto nos demos cuenta de que el interés mayor de Rivas es por aquella que relata la cotidianidad, el suceso de cada día, las coyunturas a veces dramáticas y singulares a las que sus conciudadanos han tenido que enfrentarse por más de un cuarto de siglo.

Las esperanzas, frustraciones, ilusiones y desilusiones, sueños y pesadillas de sus compatriotas, se propagan fundamentalmente en el escenario de una ciudad como Quito, en donde innumerables acontecimientos, que marcaron la política, la economía, la cultura y el devenir histórico de todo el Ecua-

dor, han tenido su génesis, su desenvolvimiento y sus consecuencias.

Alguna vez el mexicano Alfonso Reyes habló de la ‘ancilaridad’, al referirse a textos que están al servicio algo o alguien. En este rubro, hay que colocar las Cartas al Ecuador que en los turbulentos y traumáticos años de la década del cuarenta del siglo pasado dirigiera Benjamín Carrión a sus atribulados compatriotas. O las crónicas que, día tras día, peleadoras e incisivas, dejaban en las páginas de nuestros periódicos hombres como Raúl Andrade, Alfredo Pareja Diezcanseco, Pedro Jorge Vera o Alejandro Carrión.

En la antología que encontramos en la segunda parte de *Duendes urbanos*, hay el testimonio de un ejercicio profesional de tres décadas de su autor en el Diario La Hora. Por mis manos pasaron gran parte de ellas y, a pesar de las muchas lecturas y las muchas ediciones, aún recuerdo personajes que a través de estos textos entraron en mi vida hace quince o diez años, o bien la semana pasada. Estas crónicas urbanas, cuidado-

samente seleccionadas y dispuestas en el libro por su autor, traen al lector una estupenda galería de personajes, como si estuviéramos adentrándonos en una saga a la manera de cualquiera de los novelistas de la larga tradición del realismo. Como quería Engels, nos encontramos con relatos en los que hay personajes típicos en situaciones típicas, reflejo de vivir, sufrir y soñar de un pueblo. Y enseguida debo anotar otro mérito de este libro. Como en su tiempo exigía el poeta español Antonio Machado a la poesía, en particular, y a la literatura, en general, en las páginas de *Duendes urbanos* hay una voluntad de ascender al alma popular.

Se percibe una cultura que tiene el escenario de las casas, calles y plazas de una ciudad, un vivir de cada día que palpamos en expresiones, en la descripción de mercados, de ámbitos y atmósferas que no es posible entregar a nadie si antes no se las ha vivido o experimentado a través del testimonio de innumerables fuentes, la mayoría de las veces anónimas, pero dramáticamente veraces.

Agradezco a Roque Rivas la oportunidad de acompañar con estos párrafos insuficientes la primera edición de este libro escrito con honradez y afán de contribuir al engrandecimiento y consolidación de la enseñanza del periodismo en estos tiempos tan difíciles, pero pletóricos de enseñanzas, como el que a los dos nos han tocado en suerte. Mi admiración por la trayectoria ciudadana de este periodista honrado, sin embargo, no me impide ponderar con rigor su cali-

dad. Y decir, a quien quiera que sea, que con estas crónicas urbanas se nos hace el regalo invaluable de buen periodismo. Comencemos, pues, la lectura de estas páginas. Volvamos a ellas, una y otra vez, que por aquí y por allá tendremos pruebas de su utilidad, esa palabra esquiva, esa virtud de unos pocos elegidos, con la que empezamos este prólogo.

Alejandro Querejeta Barceló